

JORGE RIECHMANN

Canciones allende lo humano

Madrid, Hiperión, 1998, 206 p.

Cuando los poetas o los críticos de poesía hablan, en nuestro país, sobre el hecho mismo de escribir poemas o sobre los resultados de esa práctica discursiva, suelen dejar fuera de sus consideraciones la reflexión concreta sobre el contenido *real* (ideológico) de los textos o sobre su configuración lingüística. A menudo, uno busca entre la expresión *tópica* de las consignas (o el resumen intuitivo-impresionista) y no encuentra la ejemplificación particularizada de los presuntos aciertos o desaguisados. Situados a un lado u otro de la barricada tendenciosa en la disputa por el *poder público* (o sea, el que tiene que ver con la capacidad para decidir qué se *permite* publicar y a quién se le *permite* publicarlo), sus textos teóricos son defensas o debelaciones del modo de hacer de las tendencias dominantes (la propia o la de los contrarios): en cualquiera de los dos casos, se hace difícil percibir en qué presupuestos analíticos basan sus exaltaciones o sus dicterios. Otro tanto sucede en las reseñas de libros concretos. Por lo demás, sólo se suele reflexionar sobre el contenido sustancial del libro o del poema cuando se está en el mismo bando *publicístico* que el poeta que lo ha escrito. En caso contrario, se desprecia sin más, o se demoniza su *forma* de escribirlo; aunque, claro está, en términos difícilmente contrastables con los textos en cuestión.

Nunca, empero, se pone en el centro del análisis, junto con la configuración discursiva del poema, su contenido ideológico: aquello de que habla y aquello que se dice de lo que habla, y su relación con la realidad social y moral dentro de la cual ha tenido lugar su producción. Por lo que se ve, el texto no suele proponer una visión del mundo o de los seres humanos, y, si lo hace (¿a qué extraño universo se referirían, si no, sus palabras?), la crítica no parece estar demasiado interesada por descifrar su posición relativa dentro de la específica coyuntura de las relaciones sociales o políticas en que el poema interviene (salvo que se trate de rechazar su entrada en el *campo poético* por no servir a los inte-

reses de la clase dominante). En este asunto del contenido ideológico, la mayor parte de los poetas y críticos hacen como si no se enteraran: pasan por las propuestas esenciales del texto sin romperlas ni mancharlas. Así, se contribuye a reproducir, sin discusión, la hegemonía de la ideología dominante en el terreno de los contenidos poéticos: el individualismo burgués y la pasividad insolidaria.

Para terciar en la lucha ideológica ha pensado sus propuestas poéticas y críticas Jorge Riechmann. En 1990 ya había producido, en ese sentido, un libro estimulante, capaz de servir de acicate para la *práctica* liberadora en el terreno de la poesía: *Poesía practicable* (Hiperión). Tanto en aquella recopilación de reflexiones líricas (y políticas) contra la pasividad cómplice, como en ésta de ahora, Riechmann nos propone senderos (no condescendientes con el poder, no viciosos de la autoindulgencia conciliadora) para una exploración teórica y un discurso poético *útiles*: rutas que puedan conducirnos, acaso, a arrojar alguna luz sobre la oscura sustancia de la realidad que, en este momento y lugar de la historia de nuestra existencia, nos está pudriendo el corazón; motivos inexcusables para enfrentarnos a los desajustes destructores (de los seres humanos y de la naturaleza que nos contiene) producidos por el capitalismo depredador y omnipresente de este fin de milenio; razones para asumir, en la práctica poética, que somos ciudadanos de este país, y de este mundo, y tenemos responsabilidades como tales.

Así, ahora, en *Canciones allende lo humano* vuelve a ese territorio insomne para proponernos afrontar el trabajo de *imaginar* cómo liberarse de las prisiones en que se nos vacía de humanidad: cómo destruir la prisión que nos secuestra la libertad en el interior de nuestra propia cabeza; cómo unir nuestro esfuerzo liberador al esfuerzo de los demás que nos rodean (aquéllos a quienes, a menudo, parece que no vemos). Pero esto no es todo lo que Riechmann nos decía en 1990 y nos repite ahora. Si es verdad que nos propone *un tipo de poesía* (cierta clase de contenidos, o de temas, o de tensión social y existencial), lo cierto es que pone por delante, asimismo, como obligación primera del poeta, la necesidad de no engañarse ni engañar; de aprender sobre sí mismo en la práctica poética y de luchar para que el poema produzca briznas de luz que nos ayuden a entender cómo podemos evitar la destrucción de la especie humana. Por eso, toda la realidad (la que existe y la que los poetas son capaces de imaginar) debería ser asunto posible del poema; no debe(ría)mos ocultar(nos) lo que no nos gusta: ése es, aventura Riechmann, el compromiso moral que se pone en acción en la producción del poema; ése es el compromiso político que



no es posible dejar a un lado si el poeta no quiere hacerse cómplice del dolor y la miseria humanas.

Las palabras pueden servir para confundir y engañar, o para desentrañar el tejido destructor de la realidad y despertar del sueño suicida del espejismo mercantilista del individualismo posesivo. Las palabras dicen: matan o ayudan a vivir. El poema se escribe con palabras: hay que ser rigurosos en la elaboración lingüística de su sustancia discursiva. No el léxico romo y manipulado del cotidiano bebedizo mortal, sino el afilado vocablo que despierte la sensibilidad y haga posible la propia libertad reflexiva. Ése es el camino que Riechmann nos propone y ésta es la práctica poética que trata de —y consigue— llevar a cabo. Así lo ha hecho, con gran escándalo para los presuntos propietarios de la poesía como dios manda (la sin mancha, la que habla de *los temas de toda la vida*) en su último libro publicado *El día que dejé de leer EL PAÍS* (Hiperión, 1997).

¿Tiene esto algo que ver con la falsa disyuntiva entre tirios y troyanos? Lo mejor: salirse del marco en que nos obligan a jugar, en que acunan nuestra satisfecha sonrisa boba. Trabajar para que *cualquier* trampa discursiva sea descubierta a tiempo por el lector: propuestas de poemas en ardiente vigilia contra el terror y la consunción moral; propuestas para una lectura vigilante que contribuya a desenmascarar el tósigo que envenena nuestras defensas y nos vuelve inermes ante la manipulación.

Esta última es la posición teórica del colectivo valenciano Alicia Bajo Cero, compuesto por poetas de muy estimulante obra creativa, que juntan a ese trabajo una lúcida práctica teórica sobre la poesía y la crítica actuales. *Poesía y poder* (Bajo Cero, Unión de Escritores del País Valenciano, 1997) es el resultado recopilativo y unitario de esa práctica. Todo poeta (y todo crítico) parte de una específica visión del mundo y tiende a reproducirla; también, sin duda, aquéllos que aparentan la neutral objetividad de los temas (y los puntos de vista) *eternos*. Alicia Bajo Cero produce su crítica poética y su práctica teórica también desde un punto de vista y una intención manifiesta: y lo dice. Su trayectoria forma parte de la voluntad político-cultural puesta de manifiesto por el Proyecto Unión de Escritores del País Valenciano. Esa voluntad está rindiendo buenos frutos, puesto que sólo es posible descubrir y desentrañar aquello que se mira sin prejuicios oscurantistas.

Lo que se ve en la realidad depende del lugar (la clase, el género: la ideología) desde el que se mira/se interpreta: no hay opinión neutra, no existe ninguna presunta objetividad. El objeto que vemos y evaluamos no es más que el



manejo de características que la costumbre (o nuestra específica perspectiva) nos deja ver: situados en otro punto de vista el objeto se nos aparecería distinto, *otro*. Así, si cualquier visión produce *valores*, hablar de la realidad será siempre proponer *una* realidad. Eso hace posible que, sacando a la luz sus mecanismos opresores, pueda ser propuesta (al mismo tiempo) una realidad distinta. Otra cosa hacen aquellos discursos que dan como buena (y como única posible) la realidad *actual*, puesto que hacen imposible su puesta en cuestión y su (necesaria) superación.

Asimismo, hablar de la poesía, como se hace en la práctica crítica y teórica, es siempre proponer un tipo de poesía. El trabajo discursivo del colectivo Alicia Bajo Cero recorre dos senderos, complementarios, en su propuesta analítica: primero, desvela los mecanismos ideológicos ocultos bajo el espejismo de la *pureza* poética, de la neutralidad *apolítica* de la literatura, tal como circulan por los libros de poemas de la llamada poesía de la *experiencia*; segundo, desvela esos mismos mecanismos, tal como son programados en el interior, presuntamente aséptico, de la (complementaria) crítica de poesía practicada por los teóricos *orgánicos* de dicha corriente. Haciendo ambas cosas, Alicia Bajo Cero propone, en vez, una práctica distinta.

Para ello, se sale de los cauces marcados por las pautas hegemónicas en el trabajo poético-crítico; desprenden de su mirada la niebla falseadora de la ideología dominante y tratan de ver lo que hay más allá de los presuntos temas *de siempre*, para descubrir, debajo de los tópicos banalizados por aquella poética, los intereses estratégicos de la clase hegemónica, y desvelar los sofismas totalitarios de la poesía *como "dios" manda*. Andrés Trapiello, Benítez Reyes, Carlos Marzal, Miguel D'Ors, Vicente Gallego, García Montero, Álvaro García, Martínez Mesanza, Mesa Toré, Luis Muñoz y demás sectarios de la tendencia, pasan bajo el ojo crítico y son descubiertos en su impostura. Que resulta ser (según se descubre aquí) la misma que la de los críticos que les hacen eco: García Martín, García Montero, García-Posada, Julia Barella, Jongh Rosel *et al.* Sería bueno que Alicia Bajo Cero ampliara su análisis desenmascarador a los poetas y críticos de las otras sectas: encontraríamos sorprendentes semejanzas.

La presunta poesía *de siempre* (y la crítica con ella comprometida) quiere que nos traguemos la bazofia que nos mantiene sometidos en el *estupor*. Predican la privacidad autosuficiente, la autocomplacencia propia del individualismo burgués que no ve más allá de sus intereses particulares. La enunciación del poema la realiza un sujeto autojustificante que se aísla dentro del espacio



de la intimidad y corta cualquier amarra con los problemas colectivos: de hecho, con todos los problemas ajenos. Funda un mundo que no existe y le otorga la primacía poética sobre el *bajo mundo* de la realidad exterior, sancionado, como está, por la alta misión/visión del poeta, oráculo sagrado de *la normalidad*. Así, nos proponen una ética del “no hacer nada”, un mensaje generador de indiferencia y hastío (eso sí: exquisito) ante el presente: derivas sin rumbo, abandono al cansancio, naufragio, renuncia, claudicación, aburrimiento, huida. Un discurso anestesiante que contribuye al asentamiento de la *normalidad* capitalista, de *lo de siempre* burgués: tópicos tradicionales resueltos de manera tradicional. Es decir, ideología conservadora en estado puro: conformidad acrítica, resignación elegíaca que mira hacia atrás y desprecia el presente y el futuro. Todo lo demás, dicen, es hermetismo o política.

Porque, en efecto, luego viene la función legitimadora de la crítica afecta y su función simbólica represiva. Y, con ella, la de las antologías que diseñan el canon de lo que cuenta, la de quienes conceden los premios en los concursos y la de quienes deciden conceder las *bendiciones* de la publicación. Desechan por *político*, aquel discurso poético que es contrario al contenido político de su propio discurso. Bien pertrechado de los tópicos poéticos *de siempre*, leídos con el falso candor de una mentirosa ingenuidad interesada, *sensatamente* asentados en el núcleo ideológico del pensamiento dominante,... ¿cómo va a ser político ese discurso? Frente a ese contenido ideológico no marcado, que no se ve, de tan acostumbrado como se está a sentirlo como la voz interior de una verdad que no tiene ni principio ni fin, cualquier discurso contradictorio aparecerá como agudamente marcado, *groseramente* político: despreciado por no seguir los correctos cauces de la poesía *no ideologizada*.

Así, los partidarios del discurso político dominante presentan sus intereses como los que conciernen a todos, y arrojan al desprecio y la invisibilidad a los que no los comparten. Si el poema y sus críticos *orgánicos* ensalzan el individualismo burgués, la autocomplacencia ensimismada, la huida incivil a la vida privada, entonces, se tachará de *político* cualquier discurso que ponga por delante un interés solidario por *los otros* y se lo repelerá al exterior del *campo poético* por resultar incómodo. La operación concluye cuando los sectarios, prevalidos de su pertenencia a la(s) tendencia(s) poético-política(s) dominante(s), motejan de sectarios a aquéllos a quienes, ellos mismos, están excluyendo de modo totalitario. También el campo poético, más allá de los mecanismos de subyugación ideológica, tiene sus instituciones (sus *cuerpos represivos*) para el ejercicio de la coacción *pública* de *los distintos*.



En fin, los trabajos poéticos y teórico-críticos de Jorge Riechmann y del Colectivo Alicia Bajo Cero contribuyen a hacernos más conscientes de lo que representa la escritura poética como herramienta iluminadora o como artilugio mentiroso: abren un camino que sería bueno seguir.

SALUSTIANO MARTÍN
Crítico literario